

EL NIGROMANTE

(Auto sacramental por Javier Rey de Sola)

Esta obra está basada, muy libremente, en el episodio del nigromante de Valencia, narrado por el Arcipreste de Toledo en su Corbacho, hacia 1438.

PERSONAJES:

NIGROMANTE

CATALINA (Mujer de Pedro)

PEDRO (Su marido)

REGIDOR (Munárriz)

DON SIXTO (Sacerdote)

TECLA (Criada)

PINTOR

GALENO

POPULACHO y GENTE varia

SAYONES, AUTORIDADES

“Porque se han introducido furtivamente entre vosotros algunos hombres, ya de antiguo predichos para caer en esta condenación...”
(Carta de San Judas, 4, la Biblia)

I

(Interior histórico de casa acomodada. La estancia es limpia y cuidada. Cada cosa está ordenada y en su sitio. Hombre y mujer. Él sentado, ella de pie. El hombre, de unos cincuenta años bien llevados, viste de negro, sin el menor detalle frívolo, al contrario: todo en su atavío parece medido y estudiado. Ojos duros, sombríos, tienen también algo de hipnóticos, nariz aguileña. De vez en cuando, su rostro se despliega en una sonrisa que cautiva pero que es de todo menos cálida. Es el NIGROMANTE. La mujer,

CATALINA, larga década más joven, mantiene una dependencia hacia el hombre, mezcla de temor y veneración. Es media tarde y oscurece lentamente. Conversaciones imprecisas que vienen de la calle, entreveradas con el tranquilizador rumor de un riachuelo.)

NIGROMANTE: *(Alarga un brazo hacia ella.)* Ven...

CATALINA: ¡Ni sueñes! Mi marido está al venir. Me extraña que no haya llegado todavía. *(Mira la puerta.)* Es el día que tenía fijado para su regreso.

NIGROMANTE: *(Punto sádico.)* Puede haber tenido algún tropiezo. Puede haber muerto. Puede...

CATALINA: *(Sobrecogida.)* ¡Calla!

NIGROMANTE: No me hagas caso. Bromeaba. Te puedo asegurar que vendrá sano. Y con no pocas monedas en la faltriquera.

CATALINA: No quiero que le hagas daño. ¡Me lo prometiste!

NIGROMANTE: Y cumpliré. Acércate. *(Le alarga la mano.)*

(Ella, dudosa, cede. Se sienta en sus rodillas. Él la besa y acaricia.)

CATALINA: *(Soltándose de repente.)* ¡No se ve nada! *(Prende una vela y la pone encima de la mesa.)*

NIGROMANTE: Vaya. Has roto el encanto. Me gusta cuando la tarde cae y no es noche todavía. Ese momento tiene algo inefable.

CATALINA: He tenido un sueño...

NIGROMANTE: Cuéntamelo.

CATALINA: No sé... Es difícil. No lo recuerdo. Sólo sé que era espantoso.

NIGROMANTE: No hay que hacer caso de los sueños.

CATALINA: Parece mentira que lo digas tú. Me has dicho que los sueños...

NIGROMANTE: Sí, sí. Algunos sueños merecen atención. Pero la mayoría carecen de importancia.

CATALINA: Éste era distinto. Me he levantado llorando. Todavía lloro y no sé por qué.

NIGROMANTE: *(Untuoso.)* Estoy a tu lado. He intentado consolarte, ayudarte, pero no quieres. *(Con intención.)* Me tendré que ir de esta casa, donde tan bien me habéis acogido. Ahora mismo, si lo quieres. *(Amago de levantarse.)*

CATALINA: *(Se lo impide.)* ¡No, quédate! Al menos hasta que venga Pedro. ¡No me atrevo a estar sola!

(Él obedece, atento a la mínima reacción de ella. Su actitud tiene algo de acechante. Catalina se debate con sus pensamientos y sus miedos. El rumor del riachuelo parece incrementarse. Unos perros pelean. La oscuridad, desde afuera, parece luchar con la precaria luz de la vela.)

CATALINA: *(Fugaz mirada hacia la puerta.)* Cada vez me gusta menos que Pedro viaje.

NIGROMANTE: Su oficio es así. Y le gusta. ¿Dónde vendería sus paños? ¿Sentado aquí en su casa, mano sobre mano?

CATALINA: Si no viene hoy, me volveré loca.

NIGROMANTE: *(Con zumba.)* Estará en buena compañía...

CATALINA: *(Súbita.)* ¿Cómo lo sabes? ¡No, no puedes! ¡Te lo inventas!

NIGROMANTE: Es verdad. No me hagas caso. Sólo intento que recuperes el sosiego. Estás muy confusa, y lo entiendo. *(Breve silencio.)* ¿Me contarás tu sueño?

CATALINA: Te he dicho que no me acuerdo.

NIGROMANTE: Mentirosilla... ¿Quieres que te lo cuente yo?

CATALINA: ¡No puedes!

NIGROMANTE: No, claro que no. Pero puedo intentarlo, como si fuera un juego...

CATALINA: ¡Cállate!

NIGROMANTE: Tráeme un poco de vino. (*Ella obedece, como si el pequeño servicio la protegiera de sus miedos.*) Los demonios te arrancaban la ropa, te arrojaban desnuda a la caldera.

CATALINA: ¡Sí! ¡Eso hacían y eso pasará! Y sería justo. (*Sorprendida.*) ¿Cómo lo sabes?

NIGROMANTE: Es lo de siempre. Cuántas veces he oído cosas parecidas. Son patrañas. El infierno no existe. Y el cielo, menos. Ojalá hubiera alguien, allá arriba...

CATALINA: ¡Lo hay! Y será quien nos juzgue. ¡A ti y a mí! ¡A los dos! No tenemos esperanza. (*Llora.*) Y la culpa será tuya. Pero no: la culpa es mía. No sé qué me ha pasado. Como si me hubieras hecho un sortilegio. (*Rememorando.*) Yo vivía tranquila, feliz. Me ocupaba de la casa. Pedro hacía algún viaje. Siempre me traía algún regalo... (*Muy triste.*) Ahora también me lo traerá, pero no será lo mismo. Tengo miedo de que aparezca por esa puerta. Me llena de horror y de vergüenza. Preferiría casi...

NIGROMANTE: ¿Que no volviera?

CATALINA: ¡No! ¡No he dicho eso! ¡Ni se te ocurra poner esas palabras en mi boca! ¡Eres un monstruo! ¡Te tengo miedo y te aborrezco! (*A él no parecen afectarle estas palabras.*) Quiero que te vayas ahora mismo. No quiero que te encuentre Pedro cuando vuelva.

NIGROMANTE: Me iré. (*A ella le sorprende la rápida respuesta. Se le queda mirando.*) Sí, me iré. No de tu casa: de esta villa que me ha acogido con tanta cortesía. Esta misma noche. El herrero me prestará una mula. Antes de que cierren las puertas, habré cruzado la muralla. Cuando luzca el sol estaré ya...

CATALINA: ¡No quiero que te vayas!

NIGROMANTE: (*Que ya lo sabía.*) No creas que no te comprendo. Te sucede lo que a tantas: te sientes culpable. Os han metido a las mujeres -también a los hombres, pero nosotros nos lo tomamos de distinta manera- muchas tonterías en la cabeza y habéis olvidado los placeres de la vida: los que Dios creó... o habría creado de existir, para ayudarnos a transitar este valle de lágrimas. Demasiado duro es el

mero hecho de vivir como para que nos andemos con dengues. *(Avanza el torso.)* ¿Qué crees, que tu querido Pedro, en esos viajes que duran días, o semanas, para combatir el frío de las posadas en invierno...?

CATALINA: ¡Cállate!

NIGROMANTE: Perdona. No tengo derecho a hablar así.

(Largo silencio, que ella rompe.)

CATALINA: Me parece que llevas aquí una eternidad. ¡Toda la vida! No me has dicho de dónde eres...

NIGROMANTE: Un poco de cada sitio.

CATALINA: Ésa no es respuesta.

NIGROMANTE: No tengo otra.

CATALINA: Qué pena.

NIGROMANTE: Ninguna. He recorrido mucho mundo. Aprendí cosas.

CATALINA: Cosas malas...

NIGROMANTE: Cosas útiles. Y estudié. Siempre fui de los primeros.

CATALINA: *(Ligera pausa.)* No conociste a tus padres...

NIGROMANTE: No me ha hecho falta.

CATALINA: Pero al menos...

NIGROMANTE: *(La interrumpe.)* Me estás interrogando. Pareces un Inquisidor. Munárriz, el Regidor de este lugar, tiene algo de esto. ¿No te parece?

CATALINA: *(Estremeciéndose.)* No hables de él.

NIGROMANTE: ¿Por qué no?

CATALINA: No me gusta. A nadie le gusta.

NIGROMANTE: Conocí a alguien como él, hace muchos años. Estudiamos juntos. Luego, cada cual tiró por su lado. Me cae bien.

CATALINA: *(Asombrada.)* ¿A ti?

NIGROMANTE: ¿Por qué no? Es un hombre que hace su trabajo. Es como un perro venteando la caza. Yo admiro a los que, sin miedo ni titubeos, sin otra cautela que servir a su propósito, empeñan todo su esfuerzo en cumplir aquello por los que el común les remunera.

CATALINA: No te entiendo.

NIGROMANTE: *(Con un gesto.)* Ven.

(Le obedece. Él la besa largamente..)

CATALINA: *(Apartándose. Da media vuelta, estrechándose las manos.)* Mi sueño era tan horrible... Todavía me conturba.

NIGROMANTE: Olvídalo.

CATALINA: Estabas tú. Y no sólo tú. Éramos muchos, y muchas... El Regidor... ¿Cómo es posible que él...?

NIGROMANTE: No es de extrañar. El día y la noche ofrecen caras muy distintas.

CATALINA: *(Sorprendida.)* Hace un momento me has dicho que le admirabas.

NIGROMANTE: Y es así.

CATALINA: No te entiendo. *(Que va, poco a poco, recordando.)* Estaban muchas personas que no es posible que estuvieran. Tantas mujeres... Y muchos hombres. Y, ay *(reprime un grito)*, había niños, les hacían cosas horribles... Sus propios padres, sus madres...

(Se desvanece. El otro acude a sostenerla. Moja un pañuelo y se lo pasa por la cara.)

CATALINA: *(Volviendo en sí.)* ¿Qué me ha pasado?

NIGROMANTE: Nervios. Voy a sangrarte.

CATALINA: *(Se pone en pie.)* Ya estoy mejor. Es verdad que me angustio... *(Se lleva las manos al pecho.)* Me preocupa Munárriz. Ha dado en mirarme malamente.

NIGROMANTE: Qué tontería.

CATALINA: Dicen que ha denunciado a mucha gente.

NIGROMANTE: (*Riendo*) Lo merecerían.

CATALINA: Y que les están instruyendo proceso.

NIGROMANTE: Lo mismo digo.

CATALINA: No me parece que haya que tomarlo a broma.

NIGROMANTE: No tenemos nada que temer, ni que ocultar. Fuera de nuestro pecadillo, por así llamarlo, que no tiene la mínima importancia. El regidor se ocupa de las cosas llanas. Y de aquello que tiene por objeto la administración del reino. Munárriz es hombre de mundo. Muy pocas cosas le escandalizan. En el extranjero -ya te digo que coincidí con él-, entre clase y clase, bueno, pues a veces nos relajábamos un poco. Me entiendes.

CATALINA: (*Sin convencerse.*) Puede no ser el mismo hombre, haber cambiado.

NIGROMANTE: Las personas no cambian.

CATALINA: Yo he cambiado. Para mal...

NIGROMANTE: En realidad, no. Ya eras así, pero no lo sabías. Te faltaba un pequeño empujoncito. El domingo, en misa, don Sixto habló de San Pablo...

CATALINA: Un hombre que cambió.

NIGROMANTE: Ta, ta. No cambió nada: siguió siendo el mismo hombre fogoso y sectario, sólo que mudó de objetivo: de perseguir a los cristianos, a perseguirse a sí mismo. Él lo cuenta: las veces que le buscaron para matarle, los azotes que recibió, su misma muerte. Se jactaba de todo eso.

CATALINA: No crees en nada.

NIGROMANTE: No hay nada en que creer.

CATALINA: No sé por qué te escucho.

NIGROMANTE: (*Burlón.*) No sólo me escuchas...

CATALINA: No puedo discutir contigo. No hay forma de ganarte.

NIGROMANTE: (*Leve reverencia.*) Favor que me haces.

CATALINA: Eres muy inteligente. Nadie puede compararse contigo. Al menos, la gente que conozco.

NIGROMANTE: Yo iba para sacerdote.

CATALINA: (*Altamente sorprendida.*) ¡¿Tú?!

NIGROMANTE: De qué te sorprendes. Como don Sixto. Pero él perseveró y yo (*abre los brazos*)... aquí me ves.

CATALINA: Cada vez descubro en ti algo nuevo.

NIGROMANTE: ¿No te lo había dicho?

CATALINA: Claro que no.

NIGROMANTE: Los conocimientos que poseo se los debo a mis estudios. Luego, naturalmente, los viajes, el trato con gente de diversa condición... Todo ello hace mucho, pero también hay que tener los ojos bien abiertos.

CATALINA (*Coqueta.*) ¿Has aprendido algo de mí?

NIGROMANTE: Lo más importante. He aprendido el significado del amor.

CATALINA: Me gustaría creerte. Habrás conocido a muchísimas mujeres...

NIGROMANTE: Ninguna como tú.

CATALINA: (*Riendo.*) ¡Falso!

NIGROMANTE: Puedes creerme. He pasado momentos buenos. Pero ninguno que se iguale a tu compañía.

CATALINA: (*Súbitamente triste.*) Calla, por favor.

NIGROMANTE: Te remuerde la conciencia. Estás muy mal educada, por los curas y los frailes. ¡Siempre asustando! ¡Se pasan la vida prohibiendo! Luego ellos, claro, guardan para sí los mejores bocados. Te diré una cosa: cuando descubrí esto, abandoné definitivamente el camino elegido. No creas que no me costó. Los prejuicios, los mandamientos estúpidos que sólo tienen como objeto privarnos de las delicias inocentes de la vida, todo esto estaba en mí muy arraigado, creo incluso que más que en ti...

CATALINA: ¿Más que en mí? No lo creo.

NIGROMANTE : Ya te lo he dicho. He cambiado como de la noche al día. (*Sonríe.*) Como quien le da vuelta a la media para coserla. ¿Recuerdas? Así te vi por primera vez: cosiendo.

CATALINA: Ojalá no me hubieras visto nunca.

NIGROMANTE: Doy gracias por haberte visto.

CATALINA: (*Con desmayada sonrisa.*) ¿Das gracias? Me pregunto a quién.

NIGROMANTE: Es forma de hablar. Pero sí, le doy gracias a la casualidad que me puso en tu camino. Yo habría continuado, pero te vi.

CATALINA: (*Evocando.*) Tu caballo había perdido una herradura.

NIGROMANTE: (*Ríe.*) En absoluto. Fue el pretexto que utilicé para pasar la noche.... bajo tu mismo techo. Y luego, los días sucesivos, me fingí enfermo.

CATALINA: (*Entre escandalizada y divertida.*) Qué sinvergüenza. No sé si creerte...

NIGROMANTE: (*Llevándose la mano al pecho.*) Te juro por lo más sagrado... (*Se detiene, dándose cuenta del contrasentido.*) Es cierto lo que digo. Tu marido fue muy amable de alojarme con vosotros.

CATALINA: (*Con amargura.*) En mal momento lo hizo.

NIGROMANTE: Permíteme discrepar. Tu marido es hombre culto. No hay tantos como él. Su conversación es extremadamente sabrosa e interesante. Tiene una percepción de las cosas que no es común.

CATALINA: La hubiera tenido más.

NIGROMANTE: Me alegro de que no fuera así. (*Suave.*) No creo que esta noche regrese. No podemos cambiar lo que hemos hecho. Conforme a tu criterio, hemos obrado mal. Una vez más, no importará.

CATALINA: Sí importará.

NIGROMANTE: (*Irritado.*) ¡En qué! Tu marido ha pasado a integrar la cofradía de los ilustres coronados. (*A ella le duelen estas palabras.*) No hay tantos fuera de ella, hazme caso. (*Untuoso.*) Su condición no cambiará porque tú y yo... Puede que no tengamos ya tantas ocasiones...

CATALINA: (*Alarmada.*) ¿Por qué lo dices?

NIGROMANTE: Se acerca el momento de que me vaya. (*ELLA se afecta.*) ¿Qué mejor que guardar un buen recuerdo?

CATALINA: ¿A dónde irás?

NIGROMANTE: Si mi caballo no pierde otra herradura...

CATALINA: Hablo en serio.

NIGROMANTE: (*Deja el tono frívolo.*) Tengo asuntos en Madrid.

CATALINA: ¿Qué asuntos?

NIGROMANTE: No debería hablar de ellos. Nada de particular. Soy una especie de embajador.

CATALINA: (*Excitada.*) ¿Verás al Rey?

NIGROMANTE: Es posible. (*Irónico.*) Al menos, pasaré cerca de él. Eso, si no se va de caza. Es un gran cazador. (*Chasca los labios.*) Dudo de llegar a verlo. (*Con mueca.*) Casi mejor. La cercanía de los reyes es peligrosa.

CATALINA: ¿Por qué?

NIGROMANTE: No lo entenderías.

(*Se ha hecho de noche por completo. Silencioso relámpago.*)

CATALINA: (*Asustada.*) ¡Jesús!

NIGROMANTE: (*Crispándose.*) ¡No le nombres!

CATALINA: (*Sorprendida.*) ¿Por qué?

NIGROMANTE: (*Suavizándose.*) No, si me hace gracia. Pero sabes que no soy amigo de supersticiones.

CATALINA: No es una superstición. (*Confusa.*) O sí, no lo sé... Pero me preocupa que Pedro esté en camino.

NIGROMANTE: Habrá buscado refugio. Deja de preocuparte.

CATALINA: En realidad, no me preocupo. Es otra cosa lo que me pasa.

NIGROMANTE: Sé lo que te pasa. Mira, yo he viajado mucho, he recorrido muchísimos países y he leído lo más importante que se ha escrito. Algo habré aprendido, algo sabré.

CATALINA: A veces, es mejor ser ignorante. Don Sixto...

NIGROMANTE: ¿Qué pasa con él?

CATALINA: No es hombre que sepa mucho, pero siempre que he hablado con él he salido confortada.

NIGROMANTE: *(En guardia.)* No le habrás dicho...

CATALINA: Claro que no. Ni siquiera en confesión. Él sabe que le miento... y me da muchísima vergüenza. Comulgo en pecado, que es lo peor que se puede hacer... Él me mira cuando me acerco en la fila... Parece que sólo tiene ojos para mí...

NIGROMANTE: *(Sarcástico.)* No me extraña.

CATALINA: ¡No te burles! Me gustaría tener con él la misma confianza que tengo contigo. *(El otro hace un gesto como de venia.)* Pero no puede ser, es imposible... Sé que él espera, lo leo en sus ojos. Piensa que en algún momento... una tarde... cuando no haya nadie en la iglesia y él esté leyendo su breviario... me acercaré y le contaré mi pecado... Ese día, le pediré a Dios que me lleve, que me ahorre la vergüenza de haber sido tan perversa y me quite de cuajo la ocasión de volver a pecar.... Pero Dios no me hará caso. No lo merezco... Viviré todavía muchos años y llevaré como penitencia esa horrible losa... Hasta la muerte, que será en pecado...

NIGROMANTE: *(Se pone en pie con ira, volcando la silla.)* ¡Basta ya! ¿Sabes lo que estás diciendo? ¡Don Sixto! ¿Quién te crees que es? ¡Un hombre como todos los demás! ¡Peor, porque a sus faltas, que las tiene, te lo puedo asegurar, añade la hipocresía!

CATALINA: ¿Y tú no? ¿Tú no eres hipócrita?

NIGROMANTE: ¡Soy cauto, que es muy diferente! He conocido a muchos como él. ¡Todos son iguales, en mayor o menor grado! ¿Quién es él, quién es nadie para dar lecciones? *(En otro tono más pausado.)* Aparte que te pondrías en peligro. Y me pondrías en peligro a mí. Y piensa en tu marido.

CATALINA: Algún día tendrá que saberlo...

NIGROMANTE: ¡Qué estupidez! ¡Y qué inconsciencia! Qué necesidad hay de complicarlo todo. Tus estúpidas creencias te impiden vivir y disfrutar. Son las personas como tú las que convierten su vida en un infierno. ¡Sí, he dicho bien: un infierno! Ésa es la verdadera condena que lleváis sobre los hombros. ¡Hacéis de una vida que podría ser hermosa y placentera la peor de las condenas! No creo en Dios. Pero si creyera, me apartaría de él lo que pudiera y, en el otro mundo, de existir, preferiría la compañía de ese que también os habéis inventado y que habéis adornado con los atributos de un monstruo: ese demonio que si fuera real, sería mil veces mejor compañero que ese espantajo tristón y rencoroso que no os ofrece más que sufrimientos y miserias.

CATALINA: Soy como soy... una pobre mujer que no tiene voluntad y que será condenada, a no ser...

NIGROMANTE: ¡A no ser qué! ¿Un perdón al pie de la tumba? ¡Bonita invención para no dejaros en paz ni en el último momento! ¿Quién quiere morir así?

CATALINA: Yo, yo querría morir así, si Dios me concediera la gracia del arrepentimiento final. Rezo y rezo para que así sea. ¿Pero cómo Dios me va a escuchar...? O su santísima Madre, que sé que llora por mí y me compadece...

NIGROMANTE: *(Desatado.)* ¡No puedo oír más disparates! Qué monstruosidad de vida y de creencias. Con lo fácil que sería simplemente vivir y aceptar lo bueno que tiene la existencia. Respirar a todo pulmón y disfrutar. ¡Todo es hermoso si se sabe ver! Cada día vale la pena, cada minuto. El mundo está lleno de belleza. El invierno, con sus oscuridades y sus brumas, con la nieve que bloquea los caminos, eso es hermoso. Y los días cálidos, con su panoplia de colores, a cual más atrayente. Los campos llenos del alimento que nos ofrece, ¡no Dios!, sino la misma tierra. Cuando en verano se hace de noche, después de un día sofocante que nos recluye en casa y poco a poco, a medida que se esconde el sol y van apareciendo las estrellas... ¿hay algo más maravilloso que ese espectáculo soberbio? ¿No te das cuenta de que tantas maravillas que deberíamos apreciar sólo con verlas, tanto regalo que nos ofrece el mundo, son necesariamente incompatibles con esa tristeza nauseabunda que tantos pretenden erigir para ahogarnos y que no nos alegremos de tantas maravillas? ¿Cómo es posible que no

lo puedas ver? Tú tienes, y contigo tantos, una enfermedad del alma, una lepra que avanza y avanza y todo lo consume, convirtiendo la vida en una mugre que hace temblar de horror y de agonía. ¡Es infame lo que hacéis! Tenéis, tenemos, lo mejor y al mero contacto vuestro se convierte en basura pestilente. ¿Cómo es posible que seáis así? ¿Dónde lo habéis aprendido? ¿Quién os lo enseñó? (*Avanza más hacia ELLA. Sus rostros se ponen a mínima distancia.*) ¿Y lo nuestro? ¿Tan feo, tan horroroso te parece? No es lo que me decías ayer, ni anteayer, ni...

CATALINA: (*Tapándose la cara con las manos.*) ¡Calla! ¡Calla...!

NIGROMANTE: ¡No he de hacerlo! ¡Y si no salgo ahora afuera (*se acerca a la puerta*) y proclamo lo nuestro a los cuatro vientos, no es porque lo considere vergonzoso, sino porque el mundo que habéis creado, con vuestros curas y vuestros santos, con vuestras iglesias que apestan, ese mundo lo prohíbe, como prohíbe todo lo bello, lo hermoso, lo apacible! ¡Habéis convertido el mundo en un lugar de miseria, cuando podría ser todo lo contrario...! ¡Vivís como cerdos, aguardando el día de vuestra muerte como el mismo animal que criáis, destinado al sacrificio! (*Se gira.*) ¡Pero no! ¡El cerdo es más noble y más dichoso porque ignora que va a morir y, hasta que llegue ese día, se solaza y es feliz! ¡Vosotros sufrís cada minuto, cada segundo de este valle de lágrimas, como le llamáis, y aquí debo daros la razón, porque en eso lo habéis convertido: en un infierno, mucho peor que el infierno que teméis y que os horroriza a cada paso, desde que os levantáis por la mañana hasta que volvéis a vuestra cama por la noche, sin olvidaros, oh, esto que no falte, de murmurar vuestras oraciones, compuestas por seres tan espantosos como vosotros, aunque quizá en esto sea injusto, porque vosotros, en particular tú, Catalina, y otras necias como tú, tenéis el atenuante de la ignorancia...! (*ELLA llora profusamente, en silencio. ÉL se le acerca, aparta las manos de su cara y alza su su mentón.*) ¡Catalina...! ¿Ves lo que me haces? Sufro como nunca lo he hecho. ¿No tienes compasión? Por ti daría todo. Dejaría mis libros, mis viajes y, ¡sí!, me sumergiría en ese mundo que tanto odio y lo haría para siempre. Sería el más piadoso de los hombres de esta villa. ¡Rezará todas las novenas, miles de rosarios! (*Ríe, irónico.*) Tendría gracia que fuera así. Con la costumbre, podría convertirme, pasaría a encarnar

todo lo que acabo de criticar... (*Pensativo.*) Si te tengo a ti, quizá no sería mal negocio. ¿Te gustaría? (*ELLA no contesta. Se pone violento.*) ¡Contesta! Te he hecho una pregunta.

CATALINA: (*Tras una pausa.*) No puede ser. Y sería otro pecado, peor que el que ya hemos cometido.

NIGROMANTE: (*Entre enfadado y fatalista.*) Contigo no hay manera. He de reconocer a tu doctrina su fortaleza. Lo artísticamente, ¿es la palabra?, que ha trenzado la cadena que te ata. Eso solo bastaría para arrodillarme ante tu Dios...

CATALINA: También es el tuyo...

NIGROMANTE: Ni sueñes. Pero me descubro ante una invención tan poderosa. Los buenos, los malos, santos y demonios... Ni el mejor fabulador habría sido capaz de... ¡Qué prodigiosa fantasía, qué invención!

CATALINA: (*Viva.*) Esto que dices sería la mejor prueba de su verdad.

NIGROMANTE: (*Le hace gracia el argumento.*) Vaya, también eres filósofa. Todavía haré algo bueno de ti.

CATALINA: (*Implorante.*) ¡Déjame libre! ¡Quiero volver!

NIGROMANTE: ¿Volver?

CATALINA: ¡Con Pedro! ¡Con mi marido! Se lo confesaré todo. Él me perdonará.

NIGROMANTE: ¿Qué estás diciendo?

CATALINA: ¡Me has hecho un sortilegio! ¡Eres el demonio!

NIGROMANTE: Lo que me faltaba por oír.

CATALINA: ¡Es la verdad! (*Se arrodilla ante él.*) ¡Te lo suplico por lo que sea más sagrado para ti!

NIGROMANTE: (*Molesto, confundido, intenta alzarla.*) Vamos, vamos...

CATALINA: ¡Ten piedad de mí...! (*Vuelve a caer. Llorando.*)

NIGROMANTE: (*Confuso, no sabe a qué arte recurrir.*) Te van a oír...

CATALINA: (*Con fiereza.*) ¡Mejor! ¡Así acabará todo de una vez!

NIGROMANTE: ¿Quieres ir a la hoguera?

CATALINA: (*Tarda en comprender.*) ¿La hoguera? ¡No, qué espanto!

NIGROMANTE: Entonces, ten prudencia. Arréglate un poco. (*ELLA se recompone, se atusa el pelo.*)

(*Silencio más o menos largo.*)

NIGROMANTE: Mañana, en cuanto amanezca, partiré. Hoy mismo, si quieres.

CATALINA: Quizá sea lo mejor. Pero me gustaría...

NIGROMANTE: (*Rápido.*) ¿Qué?

CATALINA: No sé lo que quiero...

NIGROMANTE: Si me dejaras, yo pensaría por los dos.

CATALINA: (*Con absurda esperanza.*) ¿Serías capaz de encontrar un camino, algo que sea justo para todos?

NIGROMANTE: No hay nada imposible para quien bien lo quiere. (*Tenso.*) Sólo tienes que pedírmelo.

CATALINA: (*Espantada.*) ¿Te das cuenta del horror que me propones?

NIGROMANTE: Perfectamente. Y tú también.

CATALINA: ¡No, yo no! (*Rictus.*) Sí, yo también. Soy mucho peor que tú. ¿Cómo he llegado a esto?

NIGROMANTE: Tú me quieres, y yo a ti. Lo más normal del mundo. Cometiste un error casándote con él. ¿Hay algo más humano que querer enmendarlo?

CATALINA: ¡Pero no así! ¡Lo que me propones es un crimen!

NIGROMANTE: ¿Acaso hay otra forma? ¿Existe otro camino? (*Frío, metódico.*) Nos queremos. Es un hecho. Ni tú ni yo lo hemos buscado. Es otro hecho. Ha sucedido fortuitamente. Lo humano sería dar vía libre a nuestros sentimientos. Pero hay un obstáculo...

CATALINA: ¡Pedro...!

NIGROMANTE: En absoluto. Tus escrúpulos absurdos. Éste es el verdadero obstáculo.

CATALINA: Hice una promesa...

NIGROMANTE: Prometiste una cosa sin comprender su alcance. Y una vez ocurrido el hecho, ¿qué propones? Destrozar tu vida y la mía. Dos, por el precio de uno. ¿Te parece justo? (*Zalamero.*) Creo que me has entendido mal. No propongo hacer daño a tu marido. Simplemente, marcharnos. Desaparecer. Esta misma noche.

CATALINA: Qué cobardía.

NIGROMANTE: Sea. Le esperaremos. Se lo contaré todo.

CATALINA: No soportaría la vergüenza.

NIGROMANTE: (*Exasperado.*) ¡Le dejaré una nota! (*ELLA meneando la cabeza denegando.*) ¿Qué quieres pues?)

CATALINA: Todo me parece mal...

NIGROMANTE: (*Casi fuera de sí.*) ¿Ves lo que te decía hace un momento? Tus estúpidas creencias, tu ridícula religión, conducen a un solo punto: sufrir. ¡Me he cansado de oír esas crueles letanías! (*Con false.*) ¡Sufrir es bueno! ¡Hay que padecer! Incluso cuando las cosas van bien, os buscáis el camino más penoso, cuando tan fácil y, sobre todo, tan humano sería disfrutar. ¡Vuestro querido Maestro, lo decís constantemente, vino a este mundo a sufrir...!

CATALINA: (*Casi inaudible.*) Lo hizo por nosotros...

NIGROMANTE: ¡Por vosotros! ¿No podía haber encontrado otro camino? ¡Era Dios! ¡Omnipotente! Podía haber encontrado otra manera de salvaros... ¡Pero eligió la peor, lo que habría elegido un demente, un perverso! ¡Vosotros mismos lo decís, no invento nada!

CATALINA: No es así...

NIGROMANTE: ¿No? ¡Sufrir y sufrir! ¡No encontráis otro camino!

CATALINA: El camino de la Cruz...

NIGROMANTE: (*Respira hondo.*) Tenemos tres caminos. (*Los va indicando con los dedos.*) Separarnos y no volvernos a ver más. Sufrimiento tuyo y mío. Tu Pedrito no se enteraría de nada, pero no sería feliz. Entendería que hay un muro entre vosotros que, de día en día, iría haciéndose más hondo. Una negrura de vida para siempre. Dos. Irnos juntos tú y yo. Tu marido lo pasaría mal unas semanas, pero

no tardaría en consolarse. Los hombres son así, querida. Y tercer camino: que alguno de los sucesos inevitables que acaecen en la vida preste atención a tu famoso Pedro... (*Brutal.*) ¡Elige!

CATALINA: ¡No puedo...!

NIGROMANTE: Lo haré yo por ti.

CATALINA: ¡No!

NIGROMANTE: (*Entre burlón y compasivo.*) Pobrecilla. Me encanta tu manera de ser. No puedes hacer una cosa ni la contraria... (*Pausa.*) Ven. (*Ella obedece, se sienta en sus rodillas. Le habla con paciencia, como a un niño.*) Te voy a decir algo que pocos saben... En un futuro, hombres y mujeres serán libres. Esta porquería que nos atenaza habrá dejado de ejercer su imperio. ¡Viviremos y moriremos después de una vida pletórica de sentido! ¡Habremos disfrutado del amor, de la belleza, sin hacer daño a nadie y sin esa sucia retórica que predicán tus amos desde el púlpito! ¡Sí, tus amos! ¿Quién sino ellos te impiden volar como los pájaros, aspirar a lo más alto? ¡No habrá nadie que nos eche en cara un pecado que no existe! Pero será preciso que comencemos a recorrer ese camino. Sí, de acuerdo, ahora, en esta etapa oscura, hemos de proceder en secreto. Como los primeros en la fe que tú profesas, que no dejaban de tener su mérito, lo reconozco. Tu religión, al principio, al menos en lo que tenía de desafío a lo imperante, era hermosa. Rápidamente se pervirtió, y por eso estamos viviendo en un perpetuo pozo de amargura que a ti te hace sufrir y a mí también. ¿Eres capaz de decirme qué hay de noble, de bello en esta esclavitud? ¡Sacúdete las cadenas! Te prometo que no te arrepentirás. Es cierto que nosotros no viviremos los tiempos áureos que le aguardan a la humanidad. Pero también es verdad que tendremos la dicha de ser los precursores. Con semejante orgullo viviremos. De nuestra mutua exaltación sacaremos fuerzas para sobreponernos a las odiosas supersticiones que son el pan de cada día. ¡Sólo te pido que te atrevas! El primer paso ya lo has dado. Pero todavía estás sujeta a esos escrúpulos que han arraigado tanto en ti. ¡Rómpelos! Yo no lo puedo hacer por ti. ¿Cómo quieres que te lo diga? ¿De rodillas? ¿Como hacen los infelices ante quienes les dominan y oprimen? ¡Sea! (*Se arrodilla. Le besa la fimbria del vestido. Alza la cara.*) ¡Haré lo que digas! ¡Seré tu servidor! ¡La única servidumbre a la que me someteré! ¡Pero lo haré por

ti! Compartiré contigo esta debilidad que no hará otra cosa que unirnos más. Mi pequeño tributo a tu mundo viejo. Una cadena que llevaré con orgullo. Será la prueba suprema de mi amor. ¡Pero atrévete! ¡Por Dios te lo pido, fíjate qué disparate estoy diciendo! ¡Invoco a tu Dios, en quien no creo!

TELÓN brusco.

II

(Mismo lugar. CATALINA y TECLA. Esta última, CRIADA de la casa, en la cincuentena larga, desenvuelta y cínica.)

CATALINA: ¡No lo haré! ¡Me niego! ¡Falsa, traidora! ¡Mujer perdida! ¡No quiero volver a verte más! ¡Te irás ahora mismo de mi casa!

TECLA: *(Burlona.)* No te sulfures, niña. Llegaremos a un acuerdo.

CATALINA: ¡Jamás! ¡Te irás de mi casa!

TECLA: *(Con afilada persuasión.)* ¿Y adónde iría? Ya tengo mis años. Te he servido. Es hora de que recoja mis frutos. ¿Has tenido de mí alguna queja? ¿Me he lamentado? ¿He protestado alguna vez? No creo que tu memoria lo recuerde... ¿Cuándo la comida no ha estado ahí, sobre la mesa, bien calentita y humeante? ¿Quién ha limpiado la casa? ¿Quién ha barrido, fregado, tanto en invierno como en verano? ¿Quién ha ido a por agua? Mira mis manos. *(Se las enseña. Más viva.)* ¡Míralas bien! *(La otra obedece.)* ¿No sientes compasión de mí? El ser rica te ha pervertido.

CATALINA: ¡No soy rica!

TECLA: *(Con sarcasmo.)* Y yo no soy pobre. Pero quiero mi parte. Está a punto de regresar tu marido con la bolsa llena. Lo que pido es tan poco que no se notará. Seguirás con tus vestidos, con tus joyas. *(La otra se lleva la mano inconscientemente al lóbulo.)* ¿Quién me ha regalado a mí nada jamás? ¿Quién simplemente se ha fijado en mi persona? Mucho antes de que salga el sol estoy de pie. Y mucho

después de que caiga la noche continuo trajinando. ¡Ni un minuto de reposo! Desconozco lo que es sentarse o cerrar los ojos un segundo para cobrar ánimos. Esto ha de terminar. Seguiré con mi labor, pero a nadie extrañará que me conceda algún descanso, algún capricho. Un poco de sueño a mediodía, alguna ropa a la que tú haces ascos, una joya que no usas... ¡Mírame! ¡Quiero que me mires! (*La otra lo hace.*) ¿No te compadeces de mis canas, mis arrugas? Pronto, muy pronto, nadie advertirá ni siquiera que existo. Cada día que pasa, me acerco a mi final. Dentro de nada, estará ahí mi morada (*señala imprecisamente afuera*), al subir la cuesta, en el lugar más oscuro del camposanto. ¡Me espeluzna! ¡Sólo quiero un mendrugo algo más grande! ¿Te parece tanto? De lo contrario...

CATALINA: ¡Se lo dirás a Pedro!

TECLA: No hará falta, ¿verdad que no?... (*Untuosa.*) Te confesaré un secretillo. Yo también tengo mis amores...

CATALINA: (*Incrédula.*) ¿Tú?

TECLA: ¡Yo! Claro que sí. ¿Te parece extraño? No pensabas eso de mí, ¿eh? ¡A mi edad! Pues has de saber que, de vez en cuando, todavía algún gorrioncillo cae entre mis garras. Y quiero lucirme y pavonearme ante el pimpollo. ¡Nada de un abrazo apresurado en el sobrado, oliendo a coles y a verdura! (*Afilada.*) No te atrevas a regatearme lo que a ti te sobra.

CATALINA: (*Se muerde el labio inferior.*) ¿Y no dirás nada?

TECLA: Hija mía, cómo puedes pensar que voy a poner en riesgo mi ganancia. ¡Será mi secreto mejor guardado! Te seguiré sirviendo. Como antes. ¡No, mejor que antes! Nos unirá nuestro secreto. Te protegeré y me protegerás. ¡Ése es el pacto!

CATALINA: (*Vencida.*) Cuando llegue mi marido, escogeré el mejor paño para ti.

TECLA: (*Felina.*) Naturalmente. Pero puedes darme algo en prenda. ¿Recuerdas esa joya, de zafiros y diamantes...?

CATALINA: (*Palidece.*) ¡No puedo darte eso!

TECLA: Claro que puedes... y lo harás.

CATALINA. ¡No!

TECLA: Por supuesto que sí.

CATALINA: ¡Es regalo de boda! ¡Me la entregó Pedro! ¿Qué le digo si quiere que me la ponga?

TECLA: Le dices cualquier cosa. Aparte de que apenas la usas...

CATALINA: ¡En todos los aniversarios, en las fiestas señaladas...!

TECLA: ¡Me la darás!

CATALINA: Te la puedo prestar, para que te solaces al espejo.

TECLA: Qué niña eres. ¡La quiero mía y para siempre!

CATALINA: ¡Imposible! Sería un sacrilegio. Como si pisoteara una promesa... la promesa que le hice ante el altar...

TECLA: (*Aviesa.*) Esa promesa la has pisado ya. Y unas cuantas veces.

CATALINA: ¡Calla!

TECLA: Me darás ese dije.

CATALINA: ¡No puedes lucirlo! ¿Para qué lo quieres? ¡Si mi marido te lo ve, te matará!

TECLA: (*Sus ojos brillan.*) No aspiro a lucirlo ante tu esposo.

CATALINA: ¿Pues ante quién?

TECLA: (*Críptica.*) En este pueblo apestoso hay otros bailes. Y te diría más, pobre boba.

CATALINA: ¿Qué más puedes decirme?

TECLA: La manera de olvidar esas congojas, todo ese sufrimiento...

CATALINA: Hemos de sufrir en este mundo.

TECLA: (*Con aparente ternura.*) Si quisieras escucharme...

CATALINA: Lo estoy haciendo.

TECLA: Oyes mis palabras, pero no las escuchas. ¿Sabes? Hay un mundo maravilloso que nos rodea. Sólo hay que hacer un acto de voluntad para acceder a él. Vas por el buen camino. Ese filósofo con el que te enredas te viene insistiendo. Pero tienes que dar un paso más. ¿No te lo ha dicho?

CATALINA: Me estoy poniendo muy nerviosa...

TECLA: El domingo, en misa. Todos pudimos escucharlo de labios de don Sixto. *(Risita.)* Aunque el pobre grajo no tenía la menor idea de lo que estaba diciendo.

CATALINA: No le llames así.

TECLA: Él decía...

CATALINA: *(Se tapa infantilmente los oídos.)* No te oigo.

TECLA: *(Aparta las manos de su rostro.)* La oruga y la mariposa. La oruga es fea, pero si se atreve a morir... Puso este ejemplo. ¿Lo recuerdas?

CATALINA: ¡No!

TECLA: Cuando la oruga se empequeñece y se refugia en su minúsculo ataúd. *(CATALINA se encoge, como reflejando en su cuerpo lo que la otra dice.)* Aparentemente muere, pero es solo para acceder a una nueva vida. Son las palabras exactas de don Sixto... De eso mismo hablo yo. De morir para nacer. De arrancarnos los viejos harapos, para vestirnos de las prendas más finas y deliciosas. Te he pedido esa joya porque quiero lucirla.

CATALINA: Yo te la doy, pero no podrás ponértela.

TECLA: Claro que sí. No delante de las narices de tu Pedrito. *(Con misterio.)* Si quisieras acompañarme... *(La otra se estremece como si tuviera frío.)* Hay noches que brillan más que la luz del mediodía. Donde la gente es libre y la alegría no tiene cortapisas. Hombres y mujeres, ¡todos embriagados de pura libertad! Te sorprendería ver quién acude. Un anticipo de lo que nos espera cuando abandonemos esta vida limitada y pasemos a gozar ya para siempre. ¡Ahí es donde quiero lucir tu joya!

CATALINA: Me mareo...

TECLA: No sabes lo que es la auténtica felicidad. Si lo supieras...

CATALINA: Sé lo que es la felicidad. Y la he dejado escapar.

TECLA: Qué poco sabes. El malestar que ahora sientes, los miedos, esa tremenda inseguridad que no te deja reposo habrán de transformarse en todo lo contrario.

CATALINA: Me siento tan culpable...

TECLA: ¡Me agotas! ¿Acaso crees que eres la única hermosa en este valle, que es de lágrimas y nunca mejor dicho? ¿Piensas que no hay nadie como tú? Estás desperdiciando tus talentos, y eso es imperdonable. *(Se golpea el pecho.)* ¡Yo misma fui bella! ¿No lo crees? Te engañas con esta cara que ahora ves y con este pelo blanquecino que es como crines. Pero quien tuvo retuvo. ¿Lo dudas? Algunas noches vuelvo a gozar de mis mejores atributos. Es como si no hubiera pasado el tiempo. Mi cara vuelve a ser tersa, mis pómulos se redondean y todo mi cuerpo reverdece y vibra de deseo. Personas venidas quién sabe de qué lejanos parajes se presentan ante mi trono, desesperados por conseguir mi amor. ¡Soy una reina! Por esos placeres doy mi vida las veces que haga falta. *(Con amargura.)* Es verdad que al llegar el alba vuelvo a ser vieja y fea y ningún hombre se volvería para mirarme. Pero me sostiene lo vivido en esa noche, que no tiene parangón con nada que puedas imaginar. Y aguanto las burlas, los desdenes, las muecas y palabras de desprecio. Nada me afecta porque guardo un tesoro que me acompaña siempre. *(Arrebatada, se le aproxima.)* ¡Te ofrezco lo mismo y para siempre! Tu orgullo terminará postrado en tierra, tu belleza desaparecerá y con ella tu alegría. ¡Yo te ofrezco ser siempre joven, siempre bella, sin posibilidad de marchitarte! La oscuridad es más radiante que la luz. No soporto que seas tan terca.

(Pausa más o menos larga. CATALINA permanece muy abatida.)

TECLA: *(Cambiando de tono.)* Mira, dentro de pocos días será la luna llena. No necesitas casi ni valor. Sólo te pido que des el primer paso. Luego el camino será llano y no desearás abandonarlo. Yo estaré a tu lado. También, tu filósofo tan estudioso y viajero y con tantos secretos a su chepa. Hasta ahora, no has visto nada. ¡Y ahora, el dije!

TELÓN

III

(Ambiente de fiesta y algazara, en torno a una mesa bien surtida. PEDRO ha regresado de su viaje. Al alzarse el telón, están brindando. Se encuentran, además de marido y mujer, el cura DON SIXTO, MUNÁRRIZ, el Regidor de la Villa, y el NIGROMANTE. Además de TECLA, que entra y sale según las necesidades del servicio, pero sin perder ripio de lo que se habla.

DON SIXTO es hombre sencillo, nada partidario de buscar complicaciones. Para él, una persona, situación o argumento no tienen vuelta de hoja y arruga el ceño frente a quienes pretenden, según expresión suya, enredarse o enredar a los demás.

MUNÁRRIZ es hombre de cierto nivel y alcurnia, corroborada por su cargo, que le hace considerarse superior a prácticamente todo el mundo.

En el festejo, planea, en medio de la alegría por el feliz regreso del jefe de la casa, una tensión invisible.)

PEDRO: *(Achispado y completamente colorado. Levanta su copa.)* Tardaré mucho en que nadie me convenza de emprender otro viaje. ¡Sí señor! ¡Ni por todo el oro del mundo, ni por los mayores tesoros de la tierra...! *(Se atraganta. (TECLA se apresura a golpearle la espalda. PEDRO se calma, echando un sorbo.)*

PEDRO: ¡Vaya! Todavía voy a correr más peligro aquí, en mi hogar... No diré que he estado a punto de perder la vida entre la canalla que me ha salido al paso, pero...

DON SIXTO: No sabemos el día ni la hora. Por ello, debemos siempre estar en gracia, no vaya Dios a reclamarnos la vida que nos dio y cuya hora sólo Él sabe.

NIGROMANTE: *(Brusco.)* Hemos cenado, y yo diría que nada mal. Ahora, querido Pedro, cumpla la promesa de contarnos su aventura. No nos tenga en vilo.

PEDRO: (*Dándose importancia.*) Es aventura limpia y con final feliz. No esperen tema rijoso. Algunos, ya se sabe, aprovechan la lejanía de su hogar para...

MUNÁRRIZ: Usted está más allá de esa sospecha.

PEDRO: (*Jocundo.*) ¡Eso espero! (*Mirando a su mujer.*) Con este primor que Dios me ha dado, ¿qué tentaciones podría yo tener? Mi único deseo era regresar al calor de este mi hogar y a los brazos... (*Furia muda de ella.*)

MUNÁRRIZ: No tiene necesidad de convencernos.

NIGROMANTE: Al grano.

PEDRO: (*Echa mano otra vez a su copa.*) Bueno... tampoco fue gran cosa. Unos desgraciados que quisieron aligerarme de lo mío. (*Se golpea el pecho.*) ¡Lo que he ganado con el sudor de mi frente! Fue al cruzar la sierra, de regreso. (*Se engalla.*) ¡No lo consiguieron! (*A su mujer.*) Fue como si me dieras fuerzas. Seguro que pensarías en mí en ese momento...

CATALINA: (*Intenta, heroicamente, ser jovial.*) ¿Contarás de una vez lo que has prometido a estos señores?

PEDRO: (*Riendo.*) Qué impaciencia... (*A todos.*) Las primeras jornadas no encierran peligro, aunque la marcha, cómo no, depende de las mulas. Todavía no recuerdo un solo viaje en que alguna no se haya puesto terca. Un bicho que se les cruza en el camino y da con la mercancía al suelo. Eso, si no pierden una herradura, circunstancia que nunca ha de faltar. Al principio, no se da uno mucha cuenta, sobre todo vas rumiando lo que tienes entre manos, lo que vas a obtener de beneficio... De aquí a la sierra, son tres o cuatro jornadas de camino, dependiendo de las mulas, ya lo he dicho. En el caso que nos ocupa ¿qué les dije?, fueron cuatro, por una herradura de mi mejor jumento, la pobrecilla *Estrella*, que se aflojó al segundo día y hubimos de andar con tiento para que no sufriera el animal. Hasta llegar a la posada, no hay herrero, razón por lo que las jornadas no fueron tres y ni siquiera cuatro, sino hasta cinco y con el día prácticamente ya vencido...

CATALINA: (*Echándolo a broma.*) Ay, Dios mío: este hombre no tiene remedio.

PEDRO: *(A ella.)* Hay que contar con orden, que si no las cosas no se entienden... El último día había sido particularmente agotador. Mi pobre *Estrella* no podía dar un paso. *Nerón*, su compañero... Es mulo que tira a viejo y que a veces aprovecha para zafarse del trabajo, aunque todavía tiene buen arrojo. *Nerón* acompasaba sus zancadas a las de la pobrecilla *Estrella*, y le hube de dar un vergajazo, y ya lo creo que le dolió, pues en seguida pareció como en sus mejores tiempos, que me pareció tenerle allí mío caloyo, y con qué rabia me miró el bribón, pero les aseguro que apretó el paso y no lo soltó hasta llegar a la posada...

(TECLA va sirviendo vino y cruza mirada con CATALINA, encareciéndola paciencia. El NIGROMANTE no pierde detalle, divertido.)

PEDRO: La tercera mula, y ya no hay más, os lo prometo, la infeliz de *Prisca*, ni tan buena como *Estrella*, ni tan levantisca como *Nerón*, caminaba entre los dos cargada de sus fardos, sin queja, sin protesta, que el día que me falte, aunque queda todavía, la voy a llorar más de lo que pienso...

NIGROMANTE: *(Que ve que el esposo carga demasiado las tintas.)* Al grano, estimado Pedro. Ya hemos llegado a la posada. Ya podemos descansar. Ponemos a *Estrella* su nueva herradura. Nos hacemos servir una buena cena.

PEDRO: *(Con chusca ironía.)* Más despacio, señor, que estuvimos a punto de pasar de largo, porque no había ni media luz, oscuro todo como la boca del lobo. Barrunté, y también Fermín... Fermín es el chico que me ayuda. Todavía está verde, pero unos años a mi lado, y algún pescozón de añadidura, ja, ja, le harán hombre de provecho...

DON SIXTO: No es mal muchacho. Algo travieso y distraído, pero respondo de él. Todavía no ha hecho la primera comunión.

(CATALINA ya no aguanta más y se dispone a decir algo, pero la mirada del NIGROMANTE la para en seco.)

NIGROMANTE: (*Echándolo a broma.*) ¿Nos pondremos bajo techo en algún momento?

PEDRO: (*Con mucha risa.*) ¡Pues más nos valió, que de no ser por Fermín quizá no estaríamos aquí tan ricamente! Estaba oscuro y pensé que nos habíamos extraviado. Escudriño lo negro con éstos (*se señala los ojos con dedos índice y corazón*) y creo estar en el infierno, que debe de ser así de negro, pero muchísimo peor, lleno de llamas, y los demonios... (*Se contiene.*) Bueno, ni una luz, ni un sonido. ¿Qué creen ustedes que pasó? Pues pasó que teníamos la posada delante de las mismísimas narices, pero se habían acostado todos, al no esperar a nadie y qué mejor sitio que la propia cama después de un largo día de trabajo, como aquél había sido, según nos comentaron luego. (*La paciencia general se agota, lo que él advierte.*) Ya sé, ya sé... Fue Fermín el que dió la voz de alarma. ¡Menudo olfato tiene el chico! Lo tengo yo algo atrofiado, desde las calenturas aquéllas que me dieron hará dos o tres inviernos, te acordarás, Catalina. Desde entonces... ¡Bueno! En conclusión, que fue Fermín quien olió el perfume humano, y dijo que habíamos llegado, y yo le respondí que cómo lo sabía, y él me contestó que se lo llevara Dios al momento si no era así. Y yo le dije... Bueno, que como hablábamos como si él o yo, más bien los dos, estuviéramos sordos, de dentro de la casa, que Fermín tenía razón, la teníamos a un palmo, dijeron de dentro que nos identificáramos o abrían fuego. Y en ese momento justo, reconocí la voz de...

CATALINA: (*Sin poder aguantar ya más la perorata.*) Del Pícaro, a quien llaman también Sacamantecas, con total merecimiento. Espero que no te sangrara mucho en lo que llama posada.

(*Todos ríen.*)

DON SIXTO: Las mujeres, siempre tan prácticas y realistas.

(*Vuelven a reír.*)

PEDRO: *(Muy gozoso de la intervención de su mujer.)* Puedes quedarte tranquila, mujercita. No se portó mal del todo. *(Comienza a enumerar con los dedos.)* Por la cena de una noche, para Fermín y yo, sin olvidarnos de las mulas...

CATALINA: ¡No, por favor...!

NIGROMANTE: *(A él.)* Con que nos diga que no tiró por la ventana el beneficio de la operación nos conformamos.

PEDRO: ¡Lo juro!

DON SIXTO: *(Serio.)* No jure.

PEDRO: Lo siento. *(Se persigna.)* Aunque sí he de decir que, por mucho que se mostrara moderado, aún me pareció que picaba alto. Resumiendo. Fermín y yo cenamos moderadamente, sobre todo yo, que ya no estoy en edad de espigar. *(Ríe ante su propio chiste.)* ¡Cómo tragaba el bellaco! Pero se lo había ganado: se portó con *Estrella* como si fuera su madre. Durmió con ella, que no sé quien daba calor a quién. Antes de cenar la habíamos cambiado la herradura. Lo hizo el Sacamantecas, que en esto sí creo que me subió luego un poco el montante.

CATALINA: ¡Lo hubieras hecho tú!

PEDRO: *(A todos, riéndose.)* ¿Ven cómo son las mujeres?

TECLA: *(Que ha andado revoloteando alrededor de la mesa.)* Señores... y señora. Ahora les traeré un brebaje que les hará bajar lo que han comido, porque a la verdad que han tragado como mulas.

(Risa de todos, menos CATALINA. La criada sale y vuelve a entrar con una damajuana, de la que les sirve.)

NIGROMANTE: Maravilloso. *(A TECLA.)* ¿De dónde ha sacado esta maravilla?

TECLA: Yo misma lo hago.

DON SIXTO: Bendito sea Dios y Su Santísima Madre.

PEDRO: Sin olvidar a Tecla. Nos dará la receta.

TECLA: ¡Jamás!

(Rien. Hay cierta tirantez en este tramo, que cada cual expresa a su manera. CATALINA, tensa, furiosa y avergonzada. El NIGROMANTE, al quite de lo que pueda surgir, con miras a dirigir la conversación. MUNÁRRIZ, frío y comedido, da pequeños sorbos a su vaso y lanza a ambos lados rápidas miradas, como dardos. PEDRO está un poco más allá del comedimiento, a punto de meter solemnemente la pata. DON SIXTO es el que parece más indiferente.)

MUNÁRRIZ: *(Prudente.)* Creo que es hora de retirarnos.

PEDRO: *(Finchado.)* ¡Si todavía no he contado lo mejor...!

MUNARRIZ: Ah, ¿pero hay más?

PEDRO: ¡Ya lo creo! A punto estuvieron de volarme la crisma... El Sacamantecas, que ni sabe, ni discierne, ni nada que se le pueda parecer. Sí, me identifiqué y, cuando dije mi nombre que, modestia aparte, es conocido a muchas leguas a la redonda, suspiraron de alivio. Resultaba que les habían robado justo antes de llegar nosotros, y no sólo robado, sino... bueno... las sevicias a que habían sido sometidos... Ginés y, sobre todo, su mujer. ¿Serán vuestras mercedes capaces de creerme si les digo...

DON SIXTO: No queremos oír esta parte.

PEDRO: ¡Si es la mejor!

CATALINA: ¡Pedro!

DON SIXTO: Definitivamente, se hace tarde.

(Se ponen en pie, menos PEDRO, que ha estado intentando recordar algo.)

PEDRO: *(Da un puñetazo en la mesa.)* ¡Alto todo el mundo...!

(Se paran.)

PEDRO: *(A su mujer.)* La joya. ¿Por qué no te la has puesto?

CATALINA: ¿Qué joya...?

PEDRO: ¿Cuál va a ser, simple...? ¡La que te regalé en la boda! ¡Quiero que estos señores te la vean puesta! *(A todos.)* Zafiros y diamantes, cada uno más gordo que mi dedo. *(Muestra el pulgar.)*

TECLA: *(Dando un paso. Rapidísima.)* Arriba la tiene.

PEDRO: Que se la ponga.

TECLA: ¡Bah! Eso hizo, pero tiene el cierre flojo. Mañana mando a repararlo.

NIGROMANTE: *(Que se da cuenta de que hay algún misterio. Levantándose. A PEDRO.)* Se hace tarde. Ha sido una velada extraordinaria.

(Se levantan todos.)

CATALINA: *(Con supremo esfuerzo.)* Gracias, amigos, por compartir nuestras alegrías, entre las cuales su compañía no es la última.

TECLA: *(Muy oportuna.)* La señora tiene calentura. Esta noche dormirá conmigo. *(Gesto de rabia del marido.)*

(Mirada de inteligencia entre TECLA y el NIGROMANTE que sale el último. La escena queda vacía, a excepción del marido, rígido e inmóvil. Se atenúan luces, quedando un único foco que cae sobre su testa. Ronca.)

TELÓN

(MUNÁRRIZ -con bastón de mando- y NIGROMANTE, solos en la calle. Una luna casi llena ilumina de un solo color, duro y sin matices, las casas, el empedrado y una fuente solitaria en el angosto perímetro de la plaza. Ambos hombres se arrebujan en sus capas. A pesar de lo destemplado del ambiente, no parecen tener prisa.)

MUNÁRRIZ: Excelente hombre, nuestro anfitrión. Y una mujer maravillosa, tan pendiente de él, tan sumisa. *(El NIGROMANTE no dice nada.)* ¿No le parece?

NIGROMANTE: Por supuesto.

(Avanzan unos pasos. MUNÁRRIZ parece defraudado por la respuesta.)

MUNÁRRIZ: En cuanto llegue la primavera, lo primero que haré será retejar la cubierta de la iglesia. Don Sixto no ha dejado de importunarme, con toda la razón. Como nieve más de la cuenta, corre peligro de vencerse, sobre todo, precisamente, la parte que da sobre el altar. No quiero pensar lo que ocurriría. El Santo Cristo sobre el sagrario, con la espina de la Cruz. Cabe esperar que nos siga protegiendo. *(Aquél no dice nada. El otro insiste.)* ¿No le parece?

NIGROMANTE: No debe ocurrir nada.

REGIDOR: *(Tras una pausa.)* Usted, que ha corrido tanto mundo, considerará superstición nuestra modesta piedad.

NIGROMANTE: En absoluto.

REGIDOR: Nuestras costumbres le parecerán sencillas, incluso pueriles. *(Pausa.)* Se sabe, al menos algunos lo sabemos, que más allá de este lugar, cruzando las fronteras de la patria, se han abolido tantas cosas que aquí todavía nos merecen un respeto. ¿Cree usted que la impiedad sentará en este sitio sus reales? A veces, me hago la pregunta. De un tiempo a esta parte, creo notar un cambio en el ambiente. Nada que pueda concretar. Todo sigue igual. Se mantiene el respeto y la piedad, no hay delitos, salvo algún pequeño hurto, o ni eso.

Pero no sabría decirle si no hay algo más, algo que nadie ha sabido percibir. Ni siquiera don Sixto, que está más al negocio ultraterreno que al de aquí. Temo que se le puedan escapar desvíos. Por suerte, estoy yo, y no es que me quiera dar importancia. (*Ligera risa.*) Mi mujer dice que me hincho como un pavo y qué necesidad tengo de llevar siempre el bastón de mando, que únicamente debería usar en solemnidades. Y tiene razón. Pero le diré un secretillo. No lo hago solo, o no solo, por respeto al cargo, sino que el báculo me sirve de sostén. Ea, de bastón, que voy teniendo ya mis años. ¿Me guardará la confidencia? (*El otro asiente.*) Debería resignar el cargo. Pero de año en año, lo voy dejando y así estamos. También le digo que mi mujer tanto insistirme en que descanse, pero sería la primera en soltarme una filípica de hacerlo. Así son las mujeres. Quieren una cosa y la contraria. O por mejor decir, sólo la cara buena de las cosas. (*El NIGROMANTE se ve obligado a sonreír.*) ¿No lo ha notado? (*Confidencial, le coge el brazo.*) Dígame: ¿en todas partes son así? ¿Qué diferencias, no me refiero a nada baladí, sino a cuestiones de peso, qué diferencias ha notado, usted que tanto ha viajado?

NIGROMANTE: (*Se siente obligado a responder.*) Temo defraudarle, pero lo que usted llama mis viajes se han ceñido a la cuestión académica. Soy filósofo, Regidor. (*Intenta bromear.*) Mi disciplina es suficientemente ardua como para querer meterme en otros predios. Estoy seguro de que lo comprende.

MUNÁRRIZ: (*Riendo con franqueza.*) ¡Ya lo creo, amigo mío, ya lo creo...! Cada cual, a su tarea. (*Suspirando.*) Me parece que me moriré en el puesto, diga lo que diga quien lo diga. Se lo diré a mi mujer, como consejo suyo.

NIGROMANTE: Guárdese de ello.

MUNÁRRIZ: No se preocupe. Diré que se me ha ocurrido a mí. (*Reflexiona.*) Mejor: no diré nada. Quede esto entre nosotros. (*Pausa. Llegan a la iglesia.*) ¿Qué le parece a usted lo del pintor?

NIGROMANTE: (*Cauto.*) ¿A qué se refiere?

MUNÁRRIZ: Sabrá usted que está pintando, por encargo de don Sixto, una imagen de nuestro Señor...

NIGROMANTE: Claro, claro.

MUNÁRRIZ: Es lento como una babosa. Ya podría don Sixto darle tralla.

NIGROMANTE: Cada arte tiene su pauta y su misterio.

MUNÁRRIZ: (*Chasca los labios.*) Habrá de ser así. Me pregunto si, algún día, veremos terminada la obra.

NIGROMANTE: Me gustaría verlo antes de irme.

MUNÁRRIZ: (*Con sorpresa.*) ¿Se marcha?

NIGROMANTE: Oh, aún queda tiempo.

MUNÁRRIZ: ¿Para cuándo?

NIGROMANTE: No antes de primavera. Me figuro que para entonces el artista nos podrá fascinar con su trabajo.

MUNÁRRIZ: Dios le oiga. Le echaremos de menos. Mi mujer también, mi hija. (*Con admiración.*) Tiene usted algo que las atrae, querido amigo.

NIGROMANTE: (*Alarmado.*) ¿Qué quiere decir?

MUNÁRRIZ: (*Riendo.*) La cara que ha puesto. (*El NIGROMANTE recompone el gesto.*) Me refiero a que usted es culto, elegante. Aquí somos un poco zafios. Yo no me escapo a la regla, y eso que mi mujer procura por mi aspecto. Que te pongas esto, que no vayas así... Y la hija le da la razón a su madre. ¡En fin! Las mujeres son tremendas. ¡Pero también absolutamente necesarias! (*Con brusquedad.*) Usted ¿por qué no se ha casado?

NIGROMANTE: (*Con cautela, recelando una trampa.*) Buena pregunta. De joven, lo consideré, pero luego...

MUNÁRRIZ: Qué.

NIGROMANTE: Mis continuos viajes, la falta de domicilio fijo... Aunque la razón principal, y esto es algo en lo que caigo ahora, es mi afán por la sabiduría. No sé si es bueno o malo, pero es mi pasión predominante. (*Ligero.*) ¿Qué mujer aguantaría esto?

MUNÁRRIZ: ¡Ni una sola! La mía no, desde luego. ¿Y no se siente solo a veces?

NIGROMANTE: (*Turbio.*) En ocasiones. Sin embargo...

MUNÁRRIZ: O sea, que no las echa en falta.

NIGROMANTE: No es eso sino...

MUNÁRRIZ: Que se queda con la mejor parte. Lo comprendo. Ni chácharas ni reproches. Solamente invitaciones y trato afable. No vea usted cómo lo envidio. Pero no tengo su categoría ni de lejos. *(Cazurro.)* En definitiva, que debemos conformarnos con como Dios nos ha hecho.

NIGROMANTE: Algo así. El destino del filósofo es la soledad. Me sirve de consuelo.

MUNÁRRIZ: No acabo de comprenderle, pero le admiro.

NIGROMANTE: Poco hay que admirar, se lo aseguro.

MUNÁRRIZ: La excesiva modestia también puede ser un defecto, permítame que se lo diga. *(Medio en serio.)* ¡O un pecado! Si estuviera aquí don Sixto, se lo diría.

NIGROMANTE: *(En el mismo tono.)* Pero no está. *(Ríen ambos.)*

MUNÁRRIZ: Bien, ya hemos llegado. Le agradezco la compañía.

(Se despiden. El NIGROMANTE se ajusta el manteo y se encamina a su casa. Nota que le siguen. Es TECLA.)

NIGROMANTE: *(Irritado.)* ¿Qué haces aquí? ¿Para qué vienes?

TECLA: *(Feroz.)* ¡He visto cómo la miras!

NIGROMANTE: ¡Qué disparate! ¿No ves que finjo?

TECLA: ¡Finjes...!

NIGROMANTE: ¡Naturalmente! ¿Quieres que nos lleven presos? ¡Sí, a ti también! ¿Dónde la has dejado?

TECLA: Dormida.

NIGROMANTE: ¡Imprudente!

TECLA: Le di una pócima. No se moverá en toda la noche.

NIGROMANTE: Ridícula, patosa. ¡Me traerás la ruina!

TECLA: No, nunca.

NIGROMANTE: No haces más que cometer yerros. ¡La gema! ¿Qué harás? Pedro no cejará hasta encontrarla. ¡Devuélvela! ¡Te lo ordeno! ¿Quieres echarlo todo a rodar?

TECLA: (*Firme.*) No, señor.

NIGROMANTE: (*Estupefacto.*) ¡Cómo! ¿No me obedeces?

TECLA: Iría contigo hasta el infierno. Lo sabes.

NIGROMANTE: ¡Allí vamos!

TECLA: (*Ladina, sinuosa.*) Quiero mi parte. Es justo.

NIGROMANTE: La tendrás. Pero vas a devolver lo que robaste.

TECLA: Ella lo puede haber perdido.

NIGROMANTE: Y tú, fiel criada y siempre a su servicio, la encontrarás.

TECLA: ¡No! ¡Esa zorra te ha ido envolviendo, día a día, minuto a minuto! ¿Crees que no lo veo? ¡Tengo ojos y tengo sentimientos!

NIGROMANTE: Te daré lo que ni puedes sospechar. Confía en mí.

TECLA: Mucho he confiado. (*Curiosa.*) ¿Y qué será?

NIGROMANTE: La felicidad para siempre, la riqueza...

TECLA: La espera ya se me hace larga. Llevo largos meses trabajando para ti. No tengo ya paciencia. ¿Qué he obtenido? Cada día que pasa soy más vieja y mis esperanzas van muriendo...

NIGROMANTE: Volverás a ser joven. El propio jefe del infierno se postrará a tus pies. ¿No te lo he dado a conocer?

TECLA: ¡Pero entre brumas! No sé si pasó lo que pasó. Tampoco sé si vivo o muero... (*Llora, arrodillándose ante él. Se cuelga de su capa.*)

NIGROMANTE: ¡Necia! ¡Te oirán! ¿Quieres perderme?

TECLA: Yo ya lo estoy...

NIGROMANTE: (*Con amabilidad forzada. La ayuda a levantarse.*) Sécate las lágrimas. (*Le ofrece su pañuelo. Se va tranquilizando.*) ¿Me harás caso? (*Repite la pregunta. Ella asiente.*) Sólo te pido un poco más. Luego nos iremos. No nos encontrarán. Seremos felices para siempre. Te lo prometo. Pero caminamos sobre hielo fino. ¿Eres capaz de entender esto? (*Las manidas frases hacen su efecto. Ella se levanta.*)

TECLA: Haré lo que gustes.

NIGROMANTE: Regresa. Que no te vea nadie. Me alegra en realidad que hayas venido. *(Ráfaga de alegría en cara de ella.)* Pero has de ser prudente. Que no te vea nadie. Y devolverás la joya.

TECLA: Lo haré. *(Se va.)*

NIGROMANTE: *(Mascullando.)* Torpe, ignorante. ¡Conseguirás que nos quemem en la hoguera...!

TELÓN

V

(CATALINA, PEDRO y el GALENO, al día siguiente. Ella está en la cama. Ojos cerrados. Muy pálida. Está inquieta y suspira. A su lado, PEDRO, escoltado a su vez por el médico, sujeto entre pomposo y reservado. Lleva bonete y traje oscuro y desgastado. TECLA está de fondo, al acecho.)

PEDRO: *(Con angustia.)* ¿Cómo está?

GALENO: Hum.

PEDRO: ¡Dígamelo!

GALENO: *(Contemplando al trasluz un matraz.)* La he sangrado ya dos veces. La segunda vez la sangre era más clara, lo que es buena señal, pero no hay que confiarse. Es mejor, de momento, dejarla descansar. *(Recoje y guarda los utensilios.)* Entre esta noche y mañana, se decidirá el resultado.

(Se va, le acompaña el marido.)

TECLA: *(Dando un paso.)* ¡Vamos, niña, no finjas! Creerás que eres la única en este villorrio. *(A su oreja.)* Me has quitado lo que yo quería. ¡No te lo perdono! *(La abofetea. Ella no ofrece resistencia.)*

(Afuera, niños cantando.)

CANCIÓN

La casa de Dios
está profanada.
La casa de Dios
y nadie hace nada.

(CATALINA se desvanece.)

VI

(En la iglesia. Un velón será la única iluminación en el interior. DON SIXTO y el PINTOR. Éste, arrodillado ante el cura, sollozando. Sus lamentos reverberan hasta las lejanas bóvedas. DON SIXTO, erguido, pone la mano sobre la cabeza del pintor, con repugnancia que no puede evitar, pues la naturaleza de lo que escucha es superior a sus fuerzas. El PINTOR roza con su frente las losas y besa los zapatos del sacerdote. Finalmente, salen, el artista conducido del brazo por el otro, que trapalea como un muñeco roto. Ulular de lechuza. Alborea muy lentamente, como si el día pesara.)

(Ya es de día. DON SIXTO y MUNÁRRIZ. El PINTOR, en un rincón, sin atreverse a levantar cabeza. De vez en cuando, le lanzan miradas de horror y desprecio. Los dos primeros han estado hablando profusamente.)

MUNÁRRIZ: No puedo creer lo que cuenta este miserable.

PINTOR: ¡Para mi perdición lo es! ¡Lo juro!

DON SIXTO: ¡No jures, te lo prohíbo! Ahora mismo vamos a comprobar si mientes.

PINTOR: ¡He dicho la verdad! Dios me perdone...

MUNÁRRIZ: ¡Calla!

DON SIXTO: No, que hable. Cuenta al alcalde lo que a mí me has dicho.

PINTOR: ¡No puedo repetirlo, me da tanta vergüenza...!

MUNÁRRIZ: ¡Por mi fe que lo harás! *(Le da un solemne bofetón.)* ¡La vergüenza, para tu inmenso pecado!

PINTOR: *(Deslavazado.)* Yo no quería, no sabía... Él había viajado, mucho mundo llevaba a sus espaldas... Nos hicimos amigos... Me hablaba de Roma... Él me contaba... Los tapices, las estatuas, las imágenes desnudas... Nadie se escandalizaba... Ni los prelados, nobles, hombres y mujeres, ni siquiera el Papa... Yo hubiera querido estar allí, pero nunca pude reunir los medios...

DON SIXTO: ¡Mientes! ¡Roma es la ciudad santa, la sede de Pedro! ¡Todo allí es santo!

PINTOR: Él me lo contaba así... Allí la gente era más libre... Era la sede del Anticristo... Así decía...

MUNÁRRIZ: *(Le da un bofetón.)* Así va a ser muy difícil que te salves... ¡Di la verdad!

PINTOR: Dios, que me habrá de juzgar, sabe que no miento. *(El REGIDOR va a levantar la mano, pero se detiene ante lo que oye.)* Yo pintaba, conforme a sus señas, sus indicaciones... Todo muy deshonesto, lo que no es de decir... Me pagó bien y lo pinté... Un retrato indecentísimo de Nuestro Señor... Sé dónde lo tiene, bien guardado de la vista y de vez en cuando se recrea viéndolo...

DON SIXTO: ¡Eso no me lo has contado, desdichado!

PINTOR: Lo olvidé, recuerdo ahora...

MUNÁRRIZ: Sigue.

PINTOR: Hacía su invocación a los diablos... Humo y azufre... Yo tenía tanto miedo, no me atrevía ni a moverme... Se ofendía a Nuestro Señor...

MUNÁRRIZ: ¡Sigue!

PINTOR: *(Se tapa la cara con las manos.)* ¡No puedo! ¡Es todo tan terrible!

MUNÁRRIZ: ¡Irás a la hoguera!

PINTOR: Lo merezco... ¡Pero no! ¡Tengo miedo! *(Tiembla terriblemente.)* Las beguinas... ¡Tantas! Las usaba como quería... Comían de su mano... Las daba remedios... Las curaba... Se servía de ellas... ¡De todas! Hermosas y feas... ¡De todas las edades! Ninguna traicionó el secreto, que yo sepa... Vírgenes, casadas, viudas, monjas... De diez en diez, de veinte en veinte... No necesitaba llamarlas... Venían ellas de su pie... Tenía capricho de una y ella aparecía... De otra y también se presentaba, a hora fija, pero siempre de noche... Después de usarlas a su placer las mandaba regresar y nadie las veía, como si fueran invisibles... El diablo le ayudaba en todo... *(Se estremece.)* Yo pintaba... No puedo seguir, pero juro ante Dios que lo que cuento es verdad...

DON SIXTO: *(Muy impactado.)* Me cuesta creer lo que dice este infeliz. He estado en casa de nuestro hombre, tantas veces, y nada menos parecido a lo que cuenta. ¡Lugar más sobrio! Las paredes limpias. Ni siquiera un jergón. ¡Duerme en el suelo. Lo he visto. Ni un perro querría descansar en esa casa. *(Señalando al pintor.)* Este babieca está enajenado. Carne de hospital. Inventa.

(Momento de indecisión.)

MUNÁRRIZ: Hemos de comprobar lo que cuenta. Con todo sigilo. Llevemos gente. Los mejores y de toda confianza. Que nadie hable bajo pena de castigo.

VII

(Una muda tropa se camufla en silencio alrededor del hogar del NIGROMANTE, cubriendo todas las salidas.)

Entre los convocados, PEDRO y otros hombres de pro, advertidos de la máxima reserva. El PINTOR quedará fuera, hasta ser llamado. Sólo son visibles el REGIDOR, DON SIXTO y PEDRO. Aquél toca la aldaba. Un cuervo grazna y alza el vuelo.)

NIGROMANTE: (Abre la puerta.) ¡Señores! ¡Qué sorpresa! La paz sea con todos.

REGIDOR: Amén, hermano.

NIGROMANTE: ¿Qué les trae por aquí? Pero no queden fuera. ¡Adelante!

(Entran.)

NIGROMANTE: Señores, soy muy alegre de vuestra venida. ¿Qué santo del cielo les ha traído aquí? ¡Venturoso! Hace meses que no venís a visitar ésta, vuestra posada. En verdad, yo y ella somos obligados a vuestras órdenes y mandamientos.

REGIDOR: En verdad, querido amigo, vengo, con mi presencia y amigos a corregir el yerro. Quiero examinar vuestra morada. Entiendo que es muestra y virtud de limpieza y orden.

NIGROMANTE: Señor, pues véala. *(Invita con gesto amplio.)*

(Recorren la casa. Pisan con extremo cuidado, como si temieran causar daño o estropicio.)

REGIDOR: (AL NIGROMANTE:) Guarda aquí extrema limpieza.

NIGROMANTE: Es pálido reflejo de Dios Nuestro Señor, que nos impele a imitarle hasta en las cuestiones serviles. Yo mismo me ocupo del aseo, también de la comida. Aquí no pisan hembras. Guiso, limpio y me encargo de la policía y aseo en todos los rincones.

REGIDOR: *(Súbito, señalando.)* ¿Qué es eso?

NIGROMANTE: *(Con leve rubor.)* Son disciplinas. El cuerpo, a veces, debe ser castigado sin misericordia. Cada noche, tengo un recuerdo amargo para este triste despojo en que habito.

REGIDOR: *(Impresionado.)* Se ven usadas. Hay sangre.

NIGROMANTE: Menos de lo que este pecador merece.

(Pasan a la huerta.)

NIGROMANTE: Dios Nuestro Señor hace crecer aquí algunos remedios para los males de hombres y mujeres. Hay entrada libre. El pueblo llano se sirve a su albedrío. No pocos dicen que curan por milagro. Incluso... Dios mío, qué vergüenza... En su atrevimiento e ignorancia se atreven a... atribuírselo a este pecador, que sólo merece desprecio...

DON SIXTO: *(A los demás.)* No hay caso, vámonos. *(A ÉL.)* Nuestras más sinceras disculpas. ¡Es usted un santo! *(Por el PINTOR.)* Este bellaco le había difamado. ¡Se verá con el verdugo, no habrá piedad!

NIGROMANTE: ¡No, por favor! ¡Pido clemencia para él! ¿Quién puede decir que está libre de pecado? Sólo Dios Nuestro señor, y su Santísima Madre.

(Último recorrido por el interior. Ya se van.)

REGIDOR: *(Súbito.)* ¿Dónde duerme vucencia? No veo cama.

NIGROMANTE: Tiene usted delante mi lugar de reposo. *(Señala unos sarmientos y una piedra de cabecera.)*

DON SIXTO: ¡Estremece!

NIGROMANTE: No sufra. Aquí paso poco tiempo. Y casi siempre en vela. Los pecados del mundo me mantienen despierto. Apenas doy una cabezada y vuelvo a estar de pie.

REGIDOR: Señor, qué tenéis tras estas tablas. *(Da una gran palmada sobre ellas.)*

NIGROMANTE: Nada de fuste, Señor. Por la humedad las hice poner, que como no me desnudo en toda mi vida para dormir y no tengo otra ropa en la cama, me defienden estas tablas de la friura de la pared. Si no, yo sería muerto.

REGIDOR: Parece que hay habitación o retrete más al fondo.

NIGROMANTE: *(Palideciendo.)* Nada en verdad, señor. ¡Por mi fe!

REGIDOR: Abrid, amigo y gocemos. Veamos qué hay.

(A partir de aquí, el NIGROMANTE se achica, menos alguna pincelada en la que parece sobreponerse.)

NIGROMANTE: *(Mudando la color.)* ¡Señor!, ¿no me creéis? Pues deberíais creerme, que no recuerdo haber dicho mentira a hombre nacido. ¿Cómo, señor, os habría de mentir a vos?

REGIDOR: *(Con dureza.)* Abre, amigo. Te lo ordeno.

NIGROMANTE: *(Arrodillándose en tierra y haciendo la cruz con los brazos.)* ¡Por la pasión de Jesucristo, que derramó su sangre por nosotros! ¡Ni para el gusto de la muerte que he de gustar -y así salve Dios esta alma pecadora- y aun para el santo sacrificio del altar, señor, que no hay más de esto que veis!

REGIDOR: *(Encendido de ira al saber que miente.)* ¡Canalla infame! ¡Viejo, falso y malo! ¡Abrirás mal que os pese! ¡Quiero ver lo que tenéis adentro!

NIGROMANTE: *(Sabiéndose vencido y descubierto.)* Iré, señor, por la llave, pues tanto os place que abra la puerta.

REGIDOR: Iré con vos.

(Entra el PINTOR y, al verlo, comprende el NIGROMANTE que está perdido.)

PINTOR: *(A ambos.)* Dios os salve, Padre. Señor... *(A aquél.)* Señor, mandadle abrir. Él tiene la llave: es ésa que le cuelga de la correa.

(Le toman la llave y él enmudece, incapaz de hablar, perdido el seso. Abren por donde dijo el PINTOR que había visto al NIGROMANTE abrir y el REGIDOR entra. Y cuando vio la horrorosa fealdad tan abominablemente pintada, como señalara el artista, se tapó la cara con las manos, sin querer mirar.)

REGIDOR: *(Al PINTOR.)* ¡Dobla ese lienzo! ¡Llévatelo de aquí! ¡Que jamás se vea en el mundo tal infamia! *(Hace traer a dos testigos. Al NIGROMANTE.)* Malo, falso, engañador. ¡Traidor! ¿Quién te mandó hacer tal cosa? ¿Cómo no temblaste de hacer tan gran pecado? ¿No tuviste miedo a la suprema majestad de Dios? ¡Pronto te verás con Él!

(Lo manda llevar preso.)

VIII

(La noticia corre velozmente por la aldea. Reacciones diversas. Unas de incredulidad, muchas de miedo, principalmente mujeres que habían tenido comercio con el bigardo. El REGIDOR se ve superado y teme que se lo lleven por delante. Parapetado en su casa, manda a un criado por DON SIXTO, que llega despavorido.)

DON SIXTO: ¡Señor! ¡Apenas he podido cruzar! ¿No nos habremos extraviado? ¿Es posible lo que se dice? ¿Cabe tamaña maldad en este lugar perdido de los hombres?

REGIDOR: Repórtese, que pronto lo habremos de demostrar. *(Con dureza.)* Rece mientras, que es su oficio. Yo haré el mío.

(SAYONES atormentan al NIGROMANTE, que primero niega todos los cargos, pero acaba admitiéndolos ante las

evidencias. El paño con las imágenes sacrílegas resulta decisivo y es quemado con todo lo demás.)

REGIDOR: Ese arte no debe figurar sobre la tierra.

(Confiesa también sus malas artes y hechizos y el haberse servido para su placer de muchísimas mujeres. Se le requiere sus nombres.)

NIGROMANTE: *(Con resto de gallardía.)* Eso no lo diré... Que cada uno asuma su pecado, si lo estiman...

(Las redobladas torturas no consiguen convencerle. Es condenado a la hoguera. Feroces rugidos provienen de la calle. El populacho -hombres, mujeres, hasta niños- monta guardia hasta el alba, cuando será conducido a la plaza, donde se ha elevado la pira, con el concurso de todos.)

(Llega el día. En lugar de honor, las AUTORIDADES civiles y religiosas, junto con algunos notables, entre los que se encuentra PEDRO. Rezos y blasfemias se confunden. No se puede dar un paso, todos, hombres y mujeres, hasta niños, quieren figurar en la vanguardia. El NIGROMANTE es atado al poste. Con sus miembros dislocados y quemaduras, guarda un resto de dignidad y gallardía. Tambores y una confusa letanía. Se prende la pira. El desdichado se retuerce, blasfemando. Se le insulta. ¡Esto de aquí no es nada!, le gritan. En poco, estarás en el infierno.)

(Como un misterio, aparece por una esquina CATALINA, en camisola. Está muy demacrada. Se abre paso hasta primera fila. A codazos, detrás de ella, su criada.)

TECLA: ¡Te denuncias, imbécil! ¡Vuelve a casa!

(La otra no hace caso. Griterío, cada vez más ensordecedor.)

TECLA: ¡Que vuelvas! ¡Lo has estropeado todo!

(La gente ríe y se burla. Muchos comentan, entre ellos los del palco, favorecidos por su posición privilegiada. Aumenta el redoble de tambores.)

TECLA: *(Tirando de su ama.)* ¡Habríamos sido ricas! ¡Habríamos sido poderosas! ¡Niña soberbia y consentida!

(El NIGROMANTE Y CATALINA se miran. Cede un tanto la atracción de la quema frente a la expectativa mayor de lo que ocurre. El NIGROMANTE ruge de dolor, maldiciendo a los presentes. De repente, sufre una sacudida y la mira a ella.)

NIGROMANTE: *(Balbuciendo, en voz muy tenue, a ella, que es la única que oye sus palabras.)* Soy de Jesús... *(Mirando al cielo.)* Perdóname, Señor Jesús...

(Ella quiere acompañarle a la hoguera. La detienen. La hoguera se desploma. Frigor y mucho humo.)

FIN